

LA GENERACION DE AYER Y LA DE HOY⁵⁴

Los que en 1900, bajo la bandera del Club Liberal “Ponciano Arriaga”, de San Luis Potosí, iniciamos la lucha contra la dictadura entonces imperante, hemos tenido que esperar treinta largos años para percibir el primer destello de auténtico civismo. De civismo batallador y brioso que sabe arrostrar las tempestades de la plaza pública, con la misma serenidad con que el marino se enfrenta, en el océano, a la borrasca.

Pero es que ha surgido lo que por todos conceptos merece ser llamada una nueva generación, con tendencias y características muy suyas, y diversas por lo mismo, de las que ostentó la generación que históricamente la ha precedido.

Esa generación anterior, la nuestra, la de los viejos, a la que tocó en suerte forjar, en medio de dolorosos sacrificios e incontables caídas y tumbos, la más grande, la más trascendental, pero también la más desquiciadora de nuestras revoluciones; ella supo sí de heroísmos y de grandezas, de altos ideales y de nobles esperanzas, pero también de apetitos impuros, de ambiciones bastardas y de violencias que en ocasiones llegaron a lo monstruoso.

Integrada por hombres de vitalidad exuberantes, de pasiones primitivas o por lo menos caudalosas e irrefrenables —caso típico de Francisco Villa, el de Felipe Neri o el del singular Antonio Barona—; esa generación, que desplegó sus máximas energías entre el año de 1910 y el de 1920, no conoció de términos medios de cobardías, ni de vacilaciones, pero por desgracia para ella y para el porvenir inmediato, estaba privada, a la vez, del control de las propias pasiones; lo que la condujo a lamentables excesos, propios por lo demás de toda revolución, e hizo nacer en ella el impulso instintivo de librarse de la anarquía, subordinándose a caudillos que, conscientes de su papel, obraron como la necesidad lo indicaba: a manera de domadores

⁵⁴ *El Universal*, 17 de julio de 1940.

de hombres cuando fue preciso, o bien en la forma menos violenta y más sagaz, de refrenadores enérgicos o de astutos o de inteligentes encauzadores.

Domadores de seres humanos que algunas veces descendían o a la categoría de hombres-fieras o de sub-hombres, refrenadores de pasiones exaltadas hasta el paroxismo, encauzadores de impulsos que de otro modo hubieran acabado por destruir toda posibilidad de orden; eso fueron, sin asomo de duda, Emiliano Zapata, caudillo de cuerpo entero, que todo lo abarcó, desde la definición del objetivo por realizar, hasta el despliegue de la energía y de habilidad necesarias para contener, en lo posible, aquel aterrador desbordamiento de pasiones brutales y de instintos primitivos; y Alvaro Obregón, que con su talento y con su tacto, supo iniciar en el terreno de los hechos, con maestría insuperable, la reforma agraria, aplazada o suspendida por cobardía o por inercia de los gobiernos anteriores, y fijar con precisión y firmeza admirable, los lineamientos a que tendría que sujetarse dicha reforma, para hacer convivir la pequeña y mediana propiedad con el ejido.

En Carranza —hombre de otras tendencias y de otra contextura— se aunó a un carácter de hierro, la astucia en aquellos momentos indispensable para controlar y manejar hombres con pasiones encabritadas por lo recio de la lucha, y con apetitos y que la embriaguez de la victoria exacerbada.

Villa, por su parte, demostró en cien ocasiones, ser el único capaz de tener a raya a aquellos hombres de empuje descomunal y desorbitado que constituyeron la férrea, la hercúlea División del Norte. Hombres ya no sólo valientes ya no sólo temerarios, sino merecedores del epíteto de “desalmados” que en tono admirativo y no deprimente, les aplicara alguna vez su insigne vencedor —el único digno de serlo— el estupendo militar Alvaro Obregón.

Pero la era de los caudillos de verdad pasó pronto. Terminó en 1924.

A Obregón no pudo substituirlo, ciertamente el general Calles, que si bien tuvo aciertos en sus primeros pasos fue pronto víctima del mareo de las alturas, hasta llegar de error a error, y de intransigencia en intransigencia, hasta el inconcebible y necio discurso de Guadalajara.

Desde la época del carrancismo, por otra parte empezó a acentuarse el desbordamiento de misiones y concupiscencias, que contenidas a medias en un principio, han ido creciendo hasta convertirse en una plaga nacional.

Dos lacras funestas, dos tenencias morbosas, han ido, en efecto, envenenando a la revolución y a muchos de sus hombres: el arrivismo y el continuismo, el afán incontenible de ascender con méritos o si ellos, y el terco empeño de aferrarse al poder y de no abandonarlo jamás.

Y es que toda revolución ofrece mil oportunidades de lucro fácil, de enriquecimiento súbito, de vertiginosas ascensiones y cambios de fortuna. Imposible para la mayoría, substraerse a ese ambiente de tentación, en que todo —riquezas, honores y placer— está al alcance de la mano más torpe.

Tenía que venir por lo mismo, la doble orgía: de sangre y de concupiscencia. De concupiscencia, para saciarse. De sangre, para sostenerse.

Una generación como esa, dominada por las fuertes pasiones, pudo realizar incontables actos de audacia y de heroísmo; pero era incapaz, era inepta para fundar la democracia. Le faltaba para ello templanza y desinterés. Le estorbaban sus broncas pasiones.

Pero las generaciones no son eternas.

A la de ayer sucede y tiene que suceder la de mañana.

La generación nuestra, las de los autores de la revolución, la de la epopeya y la tragedia, la de los grandes heroísmos mezclados por represalias y violencias, está siendo empujada en el escenario de la vida, por una nueva generación, que ya se anuncia y ya nos pisa los talones: la generación del orden y del trabajo, de la reconstrucción y del reajuste, la que armoniza el progreso con la libertad, la que pida cuentas y exija responsabilidad, la que haga una revisión general de valores, para prescindir de los que sean falsos y aprovechar únicamente los que puedan ser útiles para la salvación del país y la creación de la democracia.

En esa transición estamos. La vida, que no puede detenerse, está preparando el paso a una generación que, haciendo a un lado líderes y facciones, establezca el gobierno de todos para todos.

Claro es que a esa nueva generación le está reservada difícilísima tarea: la de edificar un México definitivo, libre ya de la acción, de las tormentas, en que al mismo tiempo que sean utilizados los materiales insubstituibles del pasado —valores morales, tradiciones de honor, respeto a la iniciativa y al trabajo, culto a la familia, a la espiritualidad y a las legítimas jerarquías del talento, de la virtud y del mérito—, se conserven, se aprovechen y se desarrollen las instituciones, las aspiraciones y los ensayos válidos que han sido dados a luz por el impulso revolucionario; es a saber: el ejido y el sindicato, ennoblecidos y purificados por la eliminación de líderes falaces: la organización de una clase media a la que se den garantías y facilidades para la expansión de sus ansias de progreso; la protección real y efectiva para los miembros del ejército y para los trabajadores del Estado; la vigorización y aplicación correcta del sentido de justicia social, que abata al orgullo de los engreídos y levante el nivel de los hoy explotados, y una intensificación tal del esfuerzo creador de México, que con el se consiga

elevación de salarios, abaratamiento de la vida y participación cada vez mayor de los trabajadores del músculo, del indígena también y del campesino, en las riquezas y valores del orden espiritual y moral que hasta aquí de les han injustamente escatimado.

Esa pujante generación, llena de energía y de entusiasmo, ha hecho ya su presentación en la vida. Nos dio a los viejos una lección de heroico civismo en el ya para siempre inolvidable domingo 7 de julio.